

## **XVIII. LA OSTENTACIÓN MATA LA FELICIDAD**

Podemos adquirir, a muy poca costa, un lote de felicidad doméstica; pero la felicidad aparatosa siempre cuesta más que la verdadera. No es posible perdonar gastos cuando se trata de cubrir las apariencias, es decir, ostentar lo que no se es.

No hace mucho tiempo se vendían en pública subasta la casa y otros bienes, no exceptuados por la ley, de una viuda neoyorquina. Averiguóse que esta reambiciosa mujer, en su afán de casar a sus hijas con hombres mucho más ricos, había hecho desesperados esfuerzos para cubrir las apariencias, hasta que, comida de deudas, vióse privada de sus bienes. También se supo que debía gruesas cantidades a las floristas, proveedores, costureras y tenderos, por haber gastado durante mucho tiempo más de lo que le permitían sus rentas, ostentando mentirosamente postizas riquezas. Pudo haber vivido cómodamente aquella familia con su regular fortuna, a no ser por el falso concepto que de la vida tenía la madre. Gastaba miles de dólares en sombreros, vestidos, moños, encajes y toda clase de atavíos para que sus hijas brillaran tanto como otras jóvenes muchísimo más ricas, y con ello logró quedarse sin hogar y las hijas sin marido.

Gran parte de las desdichas domésticas provienen de la avasalladora ambición, del egoísta y continuo esfuerzo en aparentar falsas posiciones en las ciudades populosas, sin advertir que, en vez de los disgustos, miserias y luchas que por ello han de sufrir y sostener, podrían los que sienten tal afán representar socialmente alguna cosa, con los mismos posibles, en una ciudad subalterna donde las gentes no fuesen tan ambiciosas e interesadas.

Conozco a un joven matrimonio que se cree infeliz por no poder alternar con las familias acomodadas ni vivir y vestir como ellas. Ambos esposos están de continuo tristes y angustiados, sin más consuelo que cuando logran llamar la atención de alguien. Les parece que todo

lo han de sacrificar a las apariencias, porque son esclavos de la opinión ajena.

Más que de la falta de lujo y comodidades, dimanan nuestras desdichas de nuestro egoísmo, envidia y prejuicios. ¡Cuántas inconveniencias hemos de sufrir a causa del qué dirán! ¡Cómo nos esclavizamos a la opinión ajena! ¡Qué trazas las nuestras para que las gentes nos supongan más de lo que realmente somos! La opinión ajena nos vuelve manirroto, y por reparo del qué dirán estamos descontentos de nuestra suerte y queremos aparentar más de lo que tenemos.

Una de las calamidades de la época es el penoso esfuerzo en mantenerse al nivel de las familias de holgada posición, de lo que resultan deudas y de ellas amarguras sin cuento, especialmente por lo que respecta a los matrimonios jóvenes.

En una ciudad tan populosa como Nueva York hay multitud de familias que para nada figuran en la vida de sociedad, porque no pueden sostener el fausto correspondiente a su educación, refinamiento y cultura. No pueden frecuentar la sociedad de su gusto ni quieren tratarse con las que llaman “gentes ordinarias”, pues se percatan de que no son ni aristócratas ni plebeyos en tan populosa capital.

Familias hay que por esta causa viven en perpetua desdicha. Conozco a un empleado de corto sueldo que, en vez de vivir con su esposa en un suburbio, conforme a sus posibles, se empeñan en codearse con la más empingorotada vecindad, y después de pagar el alquiler, trajes y diversiones, apenas si les queda para las más apremiantes necesidades.

A muchos les parece una gran desgracia no disponer de cuantiosas rentas y que todo se resume en vivir con fastuoso lujo, sin percatarse de que, al fin y al cabo, frutos de los excesos y disipaciones son la infelicidad y el quebranto de la salud.

En cambio, hay muchas otras gentes que apenas disfrutan de la vida, porque son esclavos del recargo de trabajo y confunden la mezquindad con la economía, hasta el punto de privarse de lo más necesario o escatimarlo ruinmente, no sólo para ellos, sino para sus familias.

Uno de los más miserables rasgos de los maridos tacaños es la fiscalización que ejercen en los gastos de sus mujeres, amargando con ello los goces de la sociedad conyugal. Cuando la esposa tiene la desgracia de hacer una mala compra, se encoleriza el marido y la abruma a improperios, sin pensar que él también suele comprar cosas enteramente inútiles, cuyo costo es dinero tirado a la calle.

Marido hay que nunca le pregunta a su mujer si necesita algo para la casa ni le da dinero para comprarse prendas de uso personal, sino que, a su antojo, adquiere objetos inútiles o inadecuados, sin que su mujer se atreva a echarle en cara su torpeza. Por ejemplo, comprará toda la colección de obras de un autor, tan sólo porque su precio le parece una ganga, aunque nadie de la casa llegue a leer ni un solo tomo; y en cambio, su mujer sabe perfectamente que unos cuantos libros escogidos serían de más provecho que toda una biblioteca de mamotretos.

Tal vez no haya cualidad que tan torcidamente se comprenda como la economía, sobre todo la doméstica. La falsa economía es fatal para la dicha del hogar, pues algunas veces toma visos de fetichismo. En desvanes, armarios y cuartuchos se guardan cosas que sólo sirven de estorbo y están pidiendo a gritos la hoguera.

Conozco a una familia en cuyo hogar predomina la atmósfera de ruindad y tacañería hasta el punto de privarse de las más elementales comodidades de la vida, por el falso concepto que del ahorro tienen todos los de aquella casa, de suerte que da pena visitarlos. Hace poco me convidaron a comer, y un chiquillo de seis años se dejó decir que tenía escombres para principio, porque iban más baratos que los demás pescados.

Muchos maridos permiten a sus mujeres, en los primeros años de su matrimonio, que ahorren cuanto puedan para colocarse en buena posición social; pero después de logrado su objeto se avergüenzan de ellas, porque, a consecuencia de las privaciones, han perdido sus encantos juveniles. La mayor parte de estos maridos toman por pretexto la incompatibilidad de caracteres y se divorcian para casarse con una joven que brille en sociedad.

He conocido en Washington hombres que lograron abrirse paso en el mundo, se sentaron en el Parlamento u obtuvieron empleos públicos gracias al espíritu ahorrativo de sus esposas, que realzaron la casa perdiendo sus atractivos personales en la lucha por abrir camino al marido. En pago de tanto sacrificio, tuvieron después a menos sus maridos acompañarlas a visitas, mientras ellos por su parte, galanteaban a otras mujeres.

No hace mucho tiempo, en una recepción, encontré a un multimillonario que, desde la extrema pobreza, había escalado las cumbres de la fortuna merced a la abnegación con que su esposa sacrificara gracia y belleza en provecho del marido, al que salvó de la quiebra en los comienzos de su vida comercial. Aquella mujer reflejaba en su semblante la dulce tristeza de la resignación, y aunque denotaba energía de carácter, no le restaba ni vestigio de los encantos físicos que atraen a los hombres egoístas. En cambio, el marido iba irreprensiblemente vestido y espléndidamente ataviado. Todavía estaba sano y vigoroso, pues su complexión era mucho más fuerte que la de su esposa, y se entretenía en conversar, reír y discretear con las más garbosas damas, mientras que su mujer, modestamente vestida, se mantenía apartada y como vergonzosa de intervenir en la tertulia, porque bien le constaba que los años de lucha y privaciones habían ajado los encantos que un tiempo embelesaron a su esposo. Nadie hubiera dicho que aquella agotada belleza, harta de trabajar durante su juventud, fuese la consorte de aquel gallardo y apuesto caballero que jamás quiso darse malos ratos en el trabajo, porque debía toda su fortuna a la sagacidad, abnegación, destreza y laboriosidad de su esposa, moralmente repudiada después de haber establecido la hacienda doméstica a costa de personales sacrificios. Fue la esposa, en los primeros años de matrimonio, lo bastante altruista y abnegada para ayudar a su consorte en la administración doméstica, sin que él fuese capaz de estimar su sacrificio.

Muchas familias navegan hoy entre el Escila de la extravagante cursilería y el Caribdis del mal entendido ahorro, que las priva de lo necesario. Sólo puede haber felicidad en el hogar cuando navega en los

tranquilos mares de la sencillez, del contento y de la satisfacción interior, en que consisten los puros goces de la vida.